

Revista de Literatura, 2018, enero-junio, vol. LXXX, núm. 159  
págs. 307-328, ISSN: 0034-849X

ALBURQUERQUE-GARCÍA, Luis, José-Luis GARCÍA BARRIENTOS y Roberto ÁLVAREZ ESCUDERO (eds.). *Escritura y teoría en la actualidad. Actas del II Congreso Internacional de ASETEL. Madrid, 29-30 de enero de 2015*. Madrid: CSIC, 2017, 588 pp.

En enero de 2015 se celebró en Madrid, en el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC el II Congreso Internacional de la Asociación Española de Teoría de la Literatura (ASETEL). Este evento consolida la andadura de una asociación que cumple 25 años desde su fundación y que ha realizado numerosos simposios, además de dos grandes congresos internacionales.

En este texto se recogen los trabajos más relevantes de la última reunión académica. El libro está compuesto por dos conferencias plenarias, las ocho ponencias plenarias y algunas de las comunicaciones más relevantes. Son cuarenta y seis trabajos que demuestran la actualidad de la Teoría de la Literatura. Los editores de este conjunto de estudios son Luis Alburquerque-García, quien fuera Director del Comité Organizador del señalado congreso y José-Luis García Barrientos, Secretario General. Con ellos ha colaborado Roberto Álvarez, Secretario Ejecutivo. De esta manera los organizadores han coronado la celebración del mismo con la edición de los mejores trabajos presentados. No es común que unas actas congresuales, tan denostadas por los baremos de evaluación científica, se publiquen en una editorial de la calidad del CSIC y siguiendo las más estrictas normas de revisión por pares ciegos. Ello demuestra la valía de los llamados *proceedings*, algunos de los cuales mantienen una tradición de excelencia, que

debiera ser recuperada por la comunidad académica.

Los editores advierten en el prefacio que, aunque el título pudiera ocultar un cierto clasicismo, el contenido del libro ofrece reflexiones avanzadas. Lo atestiguan trabajos como el de María Ángeles Grande Rosales: 'Géneros móviles y nomadismo literario en la era de la posficción' o el de Annalisa Mirizio 'Transmedialidad y comparatismo: una propuesta metodológica para el estudio de las relaciones entre literatura y cine'. Quizás la gran plataforma de la Teoría de la Literatura sea un ámbito adecuado para cavilaciones que podrían superar la posmodernidad.

Las conferencias y comunicaciones se repartieron en tres secciones temáticas. La primera abordó asuntos como las metamorfosis genéricas y nuevos contextos de cultura: nuevas formas dramáticas, líricas, narrativas y mixtas. La segunda sección tuvo como marco la escritura y la transmedialidad: cine, cómic, novela gráfica, series televisivas. Por último, la tercera sección abordó las literaturas de consumo en la sociedad global: nueva novela policíaca, sentimental, gótica, épica, erótica, de ciencia-ficción.

Los editores apuntan que podría ser engañoso pensar que la Teoría de la Literatura se ha rendido a los fenómenos de una posmodernidad compleja y limitada a descripciones fenoménicas que la metamorfosearían en una cierta crítica cultural. Más bien —dicen con acierto— nos encontramos ante una mayor apertura hacia la estética ficcional. Es decir que *Escritura y teoría en la actualidad* podría ser una nueva vuelta de tuerca en la Teoría de la Literatura. Por eso la amplitud temática del índice, enmarcada en los marcos flexibles de clásicos antiguos y modernos como Aristóteles o George Steiner.

Interesante es la aproximación de Juan Francisco Ferré en 'La literatura en expansión. Metáforas y aplicaciones tecnológicas en la narrativa', quien asume que la literatura es una *tecnología* en donde la teoría sería un soporte que le permite «llegar más lejos en sus planteamientos y especulaciones». En un mundo digitalizado la pregunta sobre el realismo literario cobra una especial importancia. Pasan por el texto de Ferré algunos autores de mucha actualidad como Steven Shaviro, Slavoj Žižek, Gilles Lipovetsky o Lev Manovich. Parte de la habilidad de Ferré es hilar los diferentes argumentos para encontrar algunas respuestas sobre la relación entre virtualidad y literatura. Para Ferré la narrativa ha de transformarse en tecnológica y así explorar la dimensión digital en una suerte de reinención hacia una *hiperficción*.

Miguel Ángel Garrido en 'Nominalismo y teoría de la literatura' se pregunta «¿Cuál es el lugar de la disciplina *Teoría de la literatura*?» (p. 19). Para ello sugiere que las tesis del medieval Guillermo de Ockham son un punto de inflexión en la epistemología occidental y un antecedente de las aproximaciones posmodernas. Garrido Gallardo se apoya en las menciones que Umberto Eco realiza literaria e irónicamente en *El nombre de la rosa* al nominalismo. Si los nombres de las cosas son tan solo eso: nombres, la teoría no sería más que un parte descriptivo de lo que pareciera la realidad. Si así fuera, nunca se sabría acerca de la consistencia de lo ficcional y por ende de lo verosímil. Pero la Teoría de la Literatura trata de comprender si el objeto literario puede ser denominado de esta manera, y si fuera así qué consistencia y características ofrece. El texto de Garrido es un recordatorio de la condición iniciática del fenómeno literario. Así tendremos más herramientas para nuevos desafíos del Análisis del Discurso posmoderno o posterior al mismo.

Entre las ponencias plenarias, Arturo Casas reflexiona sobre 'Si el poema gira a ensayo. Experiencia, diánoia y regímenes de

la enunciación' en donde desarrolla las relaciones entre poesía y pensamiento haciendo un recuento de las aproximaciones de autores como Unamuno, Heidegger, Zambrano, Foucault o Steiner. También se mencionan poetas como Nuno Júdice, Anne Carson, Yves Bonnefoy o Herberto Helder. Otra ponencia plenaria, la de José Enrique Martínez, también indaga sobre las relaciones entre la poesía y otros ámbitos textuales: 'La poesía puesta al día. Hibridación de ciencia y (post) poesía'. Desde las señalizaciones de Agustín Fernández Mallo que anima la «inseminación de la poesía por el virus de la ciencia» (p. 70) hasta la iniciativa *Popscience* que llevó a cinco poetas seleccionados por la *World Academy of Poetry* hasta el Centro Europeo para la Investigación Nuclear (CERN).

El ya mencionado título de María Ángeles Grande sobre géneros móviles y nomadismo vuelve a mencionar a George Steiner cuando señala el término *posficción*. Allí desarrolla el fenómeno de «desestabilización del sistema de géneros tradicional, así como los conceptos de *verdad, ficción, literatura y periodismo*» (p.54). El siguiente acápite temático se inicia con un texto titulado '¿Cabe algún tipo de literatura política entre las literaturas de consumo?' de Alfredo Saldaña, que resulta ser un asunto muy actual tratado desde una plataforma de referencias clásicas y renovadas: T. Eagleton, A. Gramsci, K. Marx junto a P. Anderson, Z. Bauman u O. Ette. Otros textos entre los plenarios son 'La narrativa criminal hispánica ante las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Novela e hiper-novela: *El infierno de Amaury* y *Golpe de gracia*, de Jaime Alejandro Rodríguez' escrito por José R. Valles Calatrava; 'Vidas filmadas. La narración problematizada en el cine biográfico y autobiográfico' de José Antonio Pérez Bowie; 'La novela gráfica: la consolidación del lenguaje propio y la incorporación de lenguajes ajenos' de José Manuel Trabado Cabado en donde se mencionan y trabajan las obras *Maus*, de Art

Spielgelman; *El Fotógrafo*, de Guibert, Leffèvre y Lemercier; *Building Stories*, de Chris Ware, y *Here*, de Richard McGuire. Las ponencias plenarias son adelanto de la riqueza de las casi cuarenta comunicaciones publicadas, que abordan temas tan dispares como la novela nórdica, el álbum ilustrado, la ciencia ficción, las influencias coetáneas de lo dramático o las nuevas series televisivas y el cine. Así de grande es el horizonte de la Teoría Literaria.

ÁNGEL PÉREZ MARTÍNEZ

NEBRIJA, Elio Antonio de. *El arte de hablar en público. [Retórica]*. Traducción del latín, introducción, edición y notas de Miguel Ángel Garrido Gallardo. Madrid: Rialp, 2017, 162 pp.

Antonio de Nebrija compuso este volumen de Retórica en 1515 a instancias del cardenal Cisneros como manual para la entonces reciente Universidad de Alcalá que aspiraba a convertirse en faro de la cultura del Humanismo. No obstante, escaldado por experiencias anteriores, decidió no componer una obra original, sino convertirse en adaptador fundamentalmente de textos de referencia de Aristóteles (incluye pocos, pero esenciales), Cicerón y Quintiliano, aunque una parte importante proceden en realidad de la *Retórica ad Herennium*, obra atribuida a Cicerón, y así lo creía Nebrija a pesar de que ya se empezaba a conceder la autoría a un tal Cornificio. El resultado fue el *Artis Rhetoricae compendiosa coaptatio ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano*. Antonio Nebrissense, concinnatore [Selección compendiada del *Arte de la Retórica según Aristóteles, Cicerón y Quintiliano*. Antonio de Nebrija, adaptador].

El libro de Nebrija inicia la serie de más de medio centenar de retóricas escritas en latín (como se sabe, idioma académico de entonces) a lo largo del siglo XVI que si-

guen la línea aristotélica que las diferencia de la Retórica bizantina de Jorge de Trebisonda, manual que llegaba del XV como referencia indiscutible.

De todos modos, a pesar de lo acertado de la composición y la calidad de los textos seleccionados, las ediciones de la obra no han sido muchas a lo largo de la historia, probablemente por dos razones.

Primero, porque la parte del león de la disciplina, que es habitualmente la exposición de las figuras retóricas, se omite aquí, ya que Nebrija las había estudiado en su Gramática. En efecto, las figuras retóricas no son más que utilizaciones especiales o anómalas de ciertas unidades de la lengua y, en ese sentido, pueden ser consideradas fenómenos gramaticales. También pueden ser consideradas fenómenos literarios en cuanto se empleen con una finalidad artística.

En segundo lugar, porque Nebrija practica una drástica reducción del espacio dedicado al “género judicial”, aunque el origen de la retórica repose en las causas judiciales y sus reglas sean adaptaciones de sus principios a otros géneros. Nuestro autor opina con razón que la formalización excesiva de los procesos jurídicos dejaba en su tiempo sin apenas espacio el ejercicio de la retórica, que es preferible estudiar en otros contextos.

Así las cosas, mientras durante el siglo XVI y siguientes proliferan las ediciones del manual, elemental, pero didáctico y completo, compuesto por el jesuita Cipriano Suárez, la prestigiosa obra de Nebrija había llegado al siglo XX con tan solo tres ediciones, propiamente hablando, después de la primera que se reproduce en el volumen que comentamos. Son las de Miguel Eguía (Alcalá, 1529), Juan López Serrano (Granada, 1583) y Gregorio Mayans (Valencia, 1774). Todas se ofrecen en su versión latina original.

En 2004 Garrido Gallardo publica los últimos resultados de un amplio programa de investigación llevado a cabo en equipo en la década anterior. Se trata de la obra *Retóricas españolas del siglo XVI escritas*

en latín. 2500 páginas de texto latino, 2500 páginas de traducción al español, 500 páginas de estudios y notas (Madrid, CSIC-Fundación Hernando de Larramendi, 2004, edición en CD). En ella se editan y traducen las principales retóricas del XVI que aún no se habían vertido del latín y Garrido Gallardo, director del proyecto y de este trabajo, incluye en él un estudio general y la edición bilingüe de la Retórica de Nebrija. Con independencia, en 2006 sale en las prensas de la Universidad de Salamanca otra edición, crítica y también bilingüe, debida al catedrático de Filología Latina Juan Lorenzo.

La reedición solo en español de la obra, pedida ahora por la editorial Rialp a Garrido Gallardo para su colección *Esenciales*, propicia una nueva intervención en que se revisa la traducción de 2004 y, sobre todo, se le dota de 172 notas explicativas que supone no solamente la obvia traducción desde la lengua latina, sino la traducción cultural de las referencias del Humanismo, de modo que el texto resulte inteligible para el público culto en general.

El editor y traductor abre su introducción con un recordatorio sobre la actualidad de la disciplina que se llama retórica: «Nadie duda de que dominar el arte de hablar en público se considera hoy más necesario que nunca y aunque su nombre (Retórica) evoque antiguos orígenes cultos grecolatinos de nuestra civilización occidental, no hace mucho que un periodista del Daily Telegraph publicaba un libro titulado *La Retórica. De Aristóteles a Obama*. La actualidad del asunto es evidente. Lo siguen necesitando abogados y fiscales en los juicios, políticos en los mítines y en el parlamento, todos antes o después, en la múltiple variedad de los homenajes, escritores y notables en los pregones y discursos festivos. Y los ejecutivos, en sus *presentaciones* en la empresa. Y los oradores sagrados. Por no hablar del mundo de la publicidad y del *márketing* en general» (p. 9).

Dicho todo esto, el manual se estructura según el diseño arquetípico de la materia. La

retórica consta de cinco partes, a saber: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio*. En la *inventio* se formula el discurso (*oratio*) compuesto de exordio, narración, partición, confirmación, confutación y peroración cuya ejecución depende de los tres grandes marcos en que se realiza el acto de la palabra, género demostrativo, género deliberativo y género judicial.

Resulta hoy llamativa la lucidez de las fuentes clásicas utilizadas por Nebrija a la hora de darse cuenta del carácter fundamental de las condiciones de comunicación para entender, calificar y abordar el fenómeno de la oratoria. Han tenido que pasar décadas de hirsuto estructuralismo, para darse cuenta de la primacía de la pragmática según nos enseñaron nuestros mayores. Escribe Nebrija: «Los tres géneros oratorios que dijimos que son la materia propia de la Retórica, Aristóteles los distingue por tres géneros de oyentes. Como él dice, el oyente es, o juez, o senador o pueblo. El juez es árbitro entre acusador y defensor. Senador quien discierne la aquiescencia de persuadir o disuadir en cosas dudosas. El pueblo concurre a la asamblea para alabar o vituperar algo. También el mismo autor parte en tres tiempos los mismos géneros oratorios. Pues al juicio llegan las acciones ya cometidas; al senado, solo aquellas acerca de las que hay una consulta sobre si se han de hacer o no; el pueblo acude a la asamblea para oír de qué se habla» (p. 97).

No hace falta mucho esfuerzo para aplicar estos párrafos a la realidad actual. En fin, Nebrija confecciona en latín un magnífico manual con textos de los clásicos, distribuidos sistemáticamente, a los que se añaden comentarios y ejemplos. Y, como se dice en la contraportada, la traducción del latín con notas aclaratorias realizadas por el profesor Garrido Gallardo convierte esta obra perenne en un libro de rigurosa actualidad.

LUIS ALBURQUERQUE-GARCÍA

LAMA, Víctor de. *María mártir. Pasión y muerte en la hoguera de una española en Jerusalén (c. 1578)*. La Coruña: Sialae, 2016, 186 pp.

A pesar de que en los últimos años el interés científico por los llamados géneros híbridos ha aumentado, son aún muchas las obras que permanecen en el olvido por falta de estudios críticos adecuados. Las noticias hagiográficas, por ejemplo, se han visto particularmente desfavorecidas por esta situación. Víctor de Lama ha contribuido a la mejora de esta tendencia gracias a la publicación de un nutrido grupo de estudios dedicados a la literatura religiosa, en general, y a los relatos de peregrinaciones, en particular. De hecho, el libro que nos ocupa forma parte de un amplio conjunto de aportaciones que han dado lugar, entre otras, a la organización de la exposición *Urbs Beata Jerusalem. Los viajes a Tierra Santa en los siglos XVI y XVII*, organizada por la Biblioteca Nacional de España de la que el autor es comisario.

*María mártir* presenta el caso de una peregrina martirizada en Jerusalén un Domingo de Ramos de finales del siglo XVI. Según los relatos, aquella mujer viajó a Tierra Santa con el deseo de predicar la palabra de Dios en el lugar de la crucifixión de Cristo, entonces territorio de musulmanes. Son pocos los datos que se conservan sobre la mártir: la mayor parte de los textos coinciden en la elección del nombre, María y en la atribución de su origen portugués o hispanoportugués. Las relaciones más tempranas ubican su muerte en el Monte Calvario, aunque tampoco hay unanimidad a este respecto. La imprecisión de la noticia se ve intensificada por el número y la dispersión de los textos dedicados al episodio entre los siglos XVI y XVII que, por otro lado, confirman su importante difusión en época moderna. La fascinación por el episodio queda justificada por la presencia de una serie de ingredientes extraordinarios: María protagonizó una vida insólita y padeció el

sufrimiento, hecho que llevó a su reconocimiento como mujer santa y facilitó su aclamación como referente para los peregrinos y ejemplo para los cristianos.

La amplia transmisión de este suceso singular sirve al autor como pretexto para elaborar un ensayo interdisciplinar donde la interpretación literaria, la contextualización histórica o el análisis de los aspectos religiosos y morales, entre otros, se combinan con impecable acierto. La flexibilidad de la propuesta metodológica permite alcanzar conclusiones generales novedosas y apunta a la necesidad de reconsiderar «los límites de lo literario».

El libro se divide en cinco capítulos seguidos de una bibliografía y de un compendio de textos. Tras la breve introducción da inicio un apartado destinado a la presentación de los autores que trataron sobre la mártir y a la descripción de sus obras donde, más allá de la exposición de los correspondientes datos biográficos, se incide en el proceso de propagación y de reescritura de la hagiografía.

Las secciones tercera y cuarta condensan, a mi entender, el núcleo interpretativo del estudio. En ellas se analizan dos cuestiones fundamentales. Primero, la condición de mujer de la protagonista y la identificación entre su sacrificio y la Pasión de Cristo. Ambas características hubieron de reforzar la eficacia propagandística de las muertes violentas en defensa de la religión, así como de incrementar el afán de la Orden franciscana por apropiarse del episodio. En segundo lugar, se examinan la variedad de contextos donde se dio a conocer la leyenda, y la proliferación de tipologías textuales resultantes (principalmente, obras literarias, crónicas y relaciones de sucesos). Según palabras del propio autor: «la variedad de documentos que ha sobrevivido es una manifestación concreta de los procedimientos de transformación lingüística y literaria que se han producido para llegar a versiones tan dispares y cuáles han podido ser sus motivaciones». Tales reflexiones abren paso a

otro aspecto central: la vinculación entre el martirio y la peregrinación en el siglo XVI, y la consecuente trascendencia de las reliquias, que se comentan en la cuarta parte. Se cierra la sección con un repaso de la difusión del martirio desde el momento de la producción del relato hasta entrado el siglo XVIII. La complejidad del marco histórico sometido a análisis y la acumulación de referencias a contextos culturales dispares no han impedido alcanzar una concisión y claridad explicativa notables.

Además del estudio del caso, el volumen reúne quince textos compuestos en el arco de 150 años donde se refiere el martirio de María, logro nada desdeñable dada la dificultad impuesta por su dispersión y por la escasez de datos precisos que faciliten su rastreo. Pocas veces los investigadores orientan sus esfuerzos a la recopilación y publicación de las diferentes versiones de un mismo relato y, sin embargo, constituye un ejercicio de gran utilidad que brinda la oportunidad de acceder a una cantidad significativa de testimonios íntegros a través de un único volumen. Sin duda la compilación es producto de una pesquisa pausada y perseverante que a su vez ha permitido expresar la limitación a la que todo investigador está sometido. En palabras del propio autor: «existieron otros muchos testimonios que se han perdido o no he sabido localizar». La condición de provisionalidad de este repertorio no resta valor al resultado, muy al contrario, nos hallamos ante un corpus vivo que anima a la continuación de la tarea investigadora. Por otro lado, la visión de conjunto pone de relieve la heterogeneidad de los testimonios e invita, en consecuencia, a aplicar una metodología marcadamente interdisciplinar: los ejemplos seleccionados se compusieron en cinco lenguas diferentes (español, francés, latín, italiano y alemán), en prosa y en verso y, tal como se ha señalado, responden a distintos géneros. La bibliografía -sucinta y cuidadosamente seleccionada- separa la antología del resto del volumen. Quizás estos testimonios, por su

valor, sumado al rigor y cuidado de su edición, habrían merecido su ubicación en un lugar más destacado del volumen, aunque esta decisión en nada altera la calidad del trabajo.

En conclusión, no cabe duda de que *María Mártir* constituye una valiosa aportación al ámbito de la literatura de carácter religioso: su complejidad consiste en haber sabido reunir, analizar, comparar y contextualizar un grupo heterogéneo de textos hagiográficos. Más aún, lejos de limitarse al estudio del caso concreto, sus conclusiones invitan a la revisión conceptual del género literario y sugieren nuevas vías de investigación para otros interesados en la materia. Víctor de Lama ha sabido dignificar el relato de la peregrinación y martirio de María sin perder de vista la fascinación y curiosidad que suscita esta noticia extraordinaria.

SUSANA GALA

REY, Alfonso. *The Last Days of Humanism. A Reappraisal of Quevedo's Thought*. Legenda, Abingdon/New York: Modern Humanities Association and Routledge, 2015, 215 pp.

El magisterio de Justo Lipsio y la importancia del estoicismo de Séneca en la Europa del Seiscientos fue considerable. Esta influencia no solo emana de la lectura de la monografía que acaba de publicar Alfonso Rey en Legenda, sino que preside la cubierta del libro gracias al trazo elegante de Rubens, que inmortalizó en *Los cuatro filósofos* la cultura humanista y los círculos intelectuales europeos en los que se educó. Al igual que el pintor flamenco, Francisco de Quevedo vivió desde finales del Quinientos hasta casi la mitad del siglo XVII, una época convulsa, llena de cambios culturales y de inestabilidad social, marcada por la transformación política y por los avances científicos, que suponían una profunda alteración

de los conceptos éticos. En estos momentos de transición fue cuando se gestó y moduló la mentalidad de uno de los principales escritores del Siglo de Oro español.

Con el minucioso estudio que presenta Alfonso Rey se propone una reevaluación del pensamiento de Quevedo a partir de las obras del escritor, una revisión que no parte de una selección de textos o de unas lecturas específicas, sino que tiene en cuenta la práctica totalidad de su producción literaria. La monografía pretende relacionar al que Lope definió como “Lipsio de España en prosa” con el complejo panorama político y cultural de la primera mitad del siglo XVII, porque la personalidad y la mentalidad de Quevedo se forjaron en esa encrucijada histórica, en el ocaso de la preeminencia austríaca y en las postrimerías del humanismo europeo. Un objetivo ambicioso que es abordado magistralmente por el autor, que dispone de los conocimientos y del bagaje adquirido como director de la colección de las *Obras completas en prosa* de Quevedo (Madrid, Castalia) y como autor de numerosos estudios sobre la poesía quevedesca.

A lo largo de las páginas del libro, Rey no duda en servirse de la voz de Quevedo, cuyos textos se reproducen de forma literal, en ocasiones con su correspondiente traducción al inglés. Las citas quevedescas resultan un ingrediente fundamental, que no solo sustentan la explicación teórica sino que la clarifican. Tanto los ejemplos como las referencias a la producción literaria de Quevedo superan las tradicionales menciones al *Buscón* o a *Los Sueños*. El lector encontrará citas y alusiones a textos que no forman parte del elenco de obras canónicas del autor de la vida de don Pablos, como la *España defendida*, *La execración contra el inventor de la artillería*, *el Sermón estoico de censura moral*, *el Canta sola a Lisi*, *La rebelión de Barcelona* o incluso a algunas de sus traducciones como el *Epicteto* y *Phocílides en español con consonantes* o *El Rómulo*, lo que permite ofrecer una visión panorámica de la mentalidad del escritor áureo.

El volumen aborda el estudio del pensamiento quevedesco a través de doce apartados temáticos, que analizan desde su concepción de la literatura hasta su recepción posterior, pasando por el posicionamiento en cuestiones como la nobleza, el arte de gobernar o la guerra. Otros de los aspectos a los que el autor dedica un capítulo son el pensamiento neoestoico, la sátira lucianesca, la comicidad, el entorno natural, las crónicas contemporáneas, la consideración del *Canzoniere* de Petrarca y el erotismo neoplatónico. El trabajo se cierra con unas conclusiones que sintetizan de forma brillante los principales temas del libro, indicando también aquellos aspectos en los que Quevedo se mostró más ambiguo o en los cuales su posicionamiento no estuvo exento de fluctuaciones: «his central ideas are articulated in various themes in an essentially coherent way, bearing in mind that contradictions, rectifications, and doubts which remain unresolved also forms part of this coherence» (p. 179).

En la monografía, Alfonso Rey nos presenta diversas facetas del autor de los *Sueños*: el lector descubre a un Quevedo moralista, a un Quevedo satírico y también a un Quevedo pensador e intelectual, para quien la literatura, siguiendo el tópico horaciano, tenía, además de una función estética, una intención comunicativa, una finalidad práctica, y era concebida como un medio de conocimiento para explorar la realidad. Asimismo, Quevedo fue más allá de la teorización y demostró una voluntad real de participar en la renovación literaria y estética del momento, recuperando la tradición y los modelos clásicos, escribiendo parodias, modernizando géneros y modificando tópicos y tradiciones.

Sus planteamientos estoicos se perciben principalmente en los tratados, que resultan ser el breviario de su programa intelectual, así como en la poesía moral y en la sátira lucianesca. Siguiendo los pasos de Lipsio, Quevedo intentó sintetizar el pensamiento estoico con el cristianismo para fortalecer la

religión con la autoridad de la doctrina estoica, con la voluntad de fundar la fe en principios intelectuales y de buscar una manera de explicar razonablemente algunas verdades cristianas. Así, construyó una fusión personal de estas dos corrientes, dando lugar a un neoestoicismo racional que aplicó a situaciones reales de su vida personal y social.

Las reflexiones políticas que se desprenden de sus tratados más relevantes, los memoriales y los escritos históricos, presentan más vacilaciones y, en cierta manera, reproducen las limitaciones conceptuales y las contradicciones propias de los humanistas. A través de sus composiciones, el autor refleja la tensión entre los principios éticos del estoicismo y del cristianismo, y su ineficacia práctica para guiar la conducta de los gobernantes. A pesar de que Quevedo defiende la monarquía como la mejor forma de gobierno, en sus textos también se percibe un cierto escepticismo sobre la competencia de sus dirigentes. En este sentido, hay que tener en cuenta que a partir de la década de los cuarenta la situación político-militar española no hacía augurar buenos resultados para la causa pro-Habsburgo, algo de lo que Quevedo era muy consciente y que en cierta manera justifica la prudencia con la que se tratan estos aspectos, una cautela que a veces va acompañada de tintes de pesimismo y desilusión.

La monografía de Alfonso Rey se aproxima a la poliédrica mentalidad del escritor a partir del análisis de su producción literaria, y con la mirada puesta en la complejidad histórica, política y cultural de la época. Quevedo vivió tiempos de cambio, momentos de transición hacia un nuevo mundo, una transformación que afectaba a todas las esferas del saber, desde la religiosa hasta la científica, pasando por la histórico-política, con una pérdida progresiva de la hegemonía de los Austrias a nivel continental, y por la literaria, en la cual Quevedo presenció los últimos días de la novela picaresca, la sátira lucianesca y la poesía petrarquista. El pen-

samiento de Quevedo se fraguó en esta en-crucijada de caminos y sus escritos no dejan de ser el producto de su época, el resultado de haber asistido a «the lasts days of Humanism».

SÒNIA BOADAS

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*. Madrid: Abada Editores, Lecturas de Historia, 2017, 298 pp.

Con fecha de salida y de llegada en el Madrid borbónico que asienta sus ritos de Felipe V a Fernando VII, completamos las etapas de una centuria larga que va *resolviendo la ciudad*, en un tiempo y un espacio en los que su autor es acreditado especialista. Tras los descalabros seiscentistas, Madrid continuaba siendo la capital de un imperio, «aunque su aspecto no estuviera acorde con esa condición. Madrid, por entonces, era más pequeña que capitales como Lisboa, Dublín, San Petersburgo y Nápoles; era, además, de una pobreza monumental notable» (p. 8). Una cerca que no desaparecerá hasta 1869 valla la ciudad, la coarta, limitándola. Esa constricción del espacio no es óbice para que, incluso si no hubo un plan ordenado, fluya una idea eutópica —que no fue patrimonio exclusivo de los gobernantes, que corrió también por cuenta de la población, amotinada en 1766 por la carestía del pan, las velas y el aceite, y sujeta a hambrunas con testimonio gráfico, como la de 1811—, la idea de proyectar una imagen determinada, de que se acrecentase «la conciencia identitaria, tanto del lugar como de sus habitantes, pues la ciudad se carga de contenidos, etapas, lecturas, textos que se adhieren a su fachada imaginaria para proporcionar significados variados» (ibid.). Esta obra nos invita a leer la ciudad en tanto que «forma de memoria colectiva y

también de olvidos, que cada cual desentraña, asimila, transmite a su manera» (p. 9). Aun en la llamada pre-Ilustración, empieza a postularse un cambio de paradigma que afecta a la conducta, a la civilización, una verdadera revolución cultural latente bajo el manto de medidas reformadoras que quieren racionalizar la vida. Rehusando el desorden barroco, el texto de la ciudad ha de tejerse reactivando el mito de la ciudad ideal que se nutre de las nuevas poblaciones peninsulares y de las fundaciones americanas. Despoblar otros lugares para engrosar la ciudad, desproporcionar la demografía y los recursos no era del agrado de Martín Sarmiento, temeroso de que Madrid deviniese «sentina de confusiones», pero promotor también, y así lo hace patente Álvarez Barrientos, de un proyecto cultural para la ciudad de carácter didáctico, cívico y nacional. En p. 55, leemos, *v. gr.*, que la elección del sistema radial de caminos con seis itinerarios, para renovar el sistema de comunicaciones con la Corte, se debió en parte al beneditino, «que entonces gozaba de predicamento como asesor de la Corona, y fue uno de los diseñadores (junto con Bernardo Ward y Campomanes) de esa estrella de seis puntas que hasta tiempos recientes ha configurado las comunicaciones nacionales». A él se encomienda un *Sistema de adornos del Palacio Real* en el que integra todos los territorios del imperio partiendo de una idea horizontal y multicultural de la nación, de modo que el Palacio fuera un libro en piedra en el que cada individuo reconociera su lugar de procedencia (p. 57).

No existía una monografía de contenido tan acotado en torno a la historia cultural de la capital —símbolo político y monumento— que nos permitiese rastrear con tal amenidad aquel Madrid en sus imágenes y representaciones, en sus mutaciones urbanísticas («la política urbanística de José Bonaparte en parte se llevó a cabo en tiempos de Mesonero Romanos», p. 16; equipamientos que transforman su periferia: fábricas de tapices, de loza, papeles pintados,

platería, hospitales, centros culturales, plazas de toros, pósito, cuarteles, hipódromo, caminos nuevos..., p. 18), en la secuencia de medidas de higiene que suponen un adelanto material civilizador («se construye con más ventanas y más grandes para que pueda entrar la luz y se cambia en ellas el papel aceitado por el cristal», p. 65; se pasa del paño negro y la gorguera a los colores y pelucas, el frac igualador, la chistera y el sombrero) en consonancia con esa nueva sociabilidad dieciochesca y sus propios gestos identificadores, sus manifestaciones en la calle y en las tertulias, en el espacio público y el privado. La noción de cultura, no en vano emparentada con la de cultivo, confiere esos progresos, la implantación de nuevas instituciones, una ciencia civil y militar que la Ilustración no hizo sino impulsar desde el corazón del reino. Una monografía escrita con el pulso de un ensayista de la mejor escuela, que engrana su discurso sin ambages, con un admirable tono demostrativo, sin lastrarlo con referencias eruditas que, sin embargo, atesora y que consigue darnos el latido de una ciudad en trance de instituirse icónicamente, una ciudad ya cartografiada con el palpito de la vida creciente, que rezuma realidades: «los olores —mucho estiércol, aguas estancadas, hierbas, especias, comidas— y sonidos que se podían oír en Madrid —el murmullo de las fuentes, el ruido que hicieran los diferentes trabajadores en según qué zonas, los gritos de los cocheros, los de los vendedores, los toques de las campanas, los del monaguillo con el viático, las músicas y los recitados del ciego, los sones militares, los rumores—» (p. 13).

Eslabones de una cadena de legitimación capitalina, los inventores de Madrid contribuyen al palimpsesto de la ciudad y, así, a Ramón de la Cruz le debe mucho la visión galdosiana de la ciudad, lo mismo que a las taxonomías urbanas que los periódicos hacen circular al unísono con los cartones de Goya, José del Castillo y Bayeu (p. 23), con las estampas de López Enguídanos, con los

cuadros goyescos y con la sátira de los Iza Zamácola, Fernández de Rojas, Cecilio Pérez o Eugenio de Tapia (p. 24). Es una ciudad dotada de 13 parroquias (que se reordenan en 10 distritos en los años 30 del XIX), 11 puertas y 8 cuarteles, con sus alcaldes de barrio y sus serenos, una ciudad que según los censos se acerca a los 200 000 habitantes a finales de siglo y llega, durante el Trienio, a los 210 000, entre los cuales Floridablanca registró un 43% de criados, un 12% de funcionarios, casi 5000 clérigos y unos 8545 nobles, una ciudad que superaba el medio millar de personas dedicadas a la sanidad, en la que había unos 2000 profesionales liberales, 450 hombres de la Milicia Urbana, además de unos 80 000 forasteros y un número nada desdeñable de población flotante, viajeros, pretendientes (solo ellos ascienden a 35 000) y ambulantes.

Las estampas costumbristas de Vallejo para la edición de 1845 de las *Escenas matritenses* de Mesonero dejan ver hasta «Las casas por dentro» (p. 41). Medio centenar de planos, frisos, cuadros, aleluyas, bocetos, fantasmagorías, calcografías, figuras como la 34, la estampa grabada por Isidro González Velázquez a partir de su propio dibujo de *El Paseo del Prado desde la fuente de la Cibeles*, también en la cubierta, dan réplica harto eficaz al presente ensayo. Capítulo fundamental es el relativo al ocio y el entretenimiento, en aras de los cuales la cultura de las Luces arbitra medidas y promueve leyes reglamentistas, capaces de llevar al ciudadano a la comunidad imaginada, «con ingenuidad idealista e ilustrada» (p. 247), a la felicidad. Es un tiempo de fe en el progreso, de omnimoda confianza en el poder de la razón, de aspiración a un hedonismo que se disfruta en los tránsitos por el Paseo del Prado —«escaparate de Madrid y de la Monarquía», p. 174—, con la «limpieza, desahogo, anchura de las calles, alto de las paredes y tapias» (p. 54), en conciertos y teatros, en jardines públicos y contemplando títeres, dioramas y toros. El carnaval restaurado por Aranda, la música y la prensa, la

dimensión pública y secularizadora del conocimiento, se conjugan para dar cuenta de una oferta de sociabilidad que ensancha sus proporciones (tarjetas de visita, polemoscopio...) desde la cúspide del poder hacia el pueblo.

Sin perder de vista el binomio epónimo, comprobamos cómo se concatenan las partes de este libro a partir de un eje de análisis que lo aúpa hasta el concepto de *Ciudad soñada*. Es entonces cuando este se decanta, a partir de la escritura visionaria de Mesonero Romanos, de Ponz, de Sarmiento o de Cadalso. El Panteón de Hombres Ilustres viene a ser emblema de la nación, y es la maqueta de Madrid, terminada por el militar liberal León Gil de Palacio en 1830, la que la funda con su efecto catalizador. Muy limpia es la plasmación de la editorial Abada, en cuyo catálogo figura otro título relevante de Álvarez Barrientos, livianas y escasas las erratas (pp. 14, 23, 40, 102, 116, 120, 135, 168, 209, 250, 258, 274, 275, 297).

El trayecto de este libro se consume en un capítulo que, de la mano de Fernández de los Ríos y su *Guía de Madrid*, nos interpela: «Así vamos marchando maquinal e inconscientemente». Una Bibliografía escogida que, sin excluir ninguna, pudiera tal vez admitir alguna entrada más (Grosz, 1995; Labanyi, 2011; Christine de Pizan y *La Ciudad de las Damas*, Ángel Rama y *La ciudad letrada*), concluye el recorrido madrileño, del fuego a la luz.

CRISTINA PATIÑO EIRÍN

MORILLO MORALES, Julia. *Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2017, 461 pp.

Los estudios sobre literatura de viajes del siglo XIX han experimentado un importante auge en los últimos años ofreciendo

nuevas interpretaciones sobre lo formal y lo temático de este género. Sin embargo, el estudio de las exposiciones universales como materia literaria es un territorio inexplorado hasta ahora, ya que, tradicionalmente, había sido considerado un tema más propio de la historia y cercano a la economía. Únicamente algunos trabajos realizados por investigadores como Ana María Freire y Luis Díaz Larios habían tratado esta cuestión hasta la publicación del presente volumen. Como bien indica el título, Julia Morillo aborda la investigación de este tema y, así, el objetivo fundamental de este libro es «localizar la literatura escrita en español que surgió de las exposiciones, describirla, estudiarla y encuadrarla en la literatura de viajes de la segunda mitad del siglo XIX» (11). Con este trabajo pretende dar a conocer la abundante producción literaria que se generó a partir de los viajes que sus autores realizaron a las exposiciones universales, y demostrar cómo esta experiencia hizo que entraran en contacto con otras corrientes de pensamiento y con lo último en el conocimiento intelectual y en avance tecnológico. Para ello, ha seleccionado y recogido un amplio corpus textual de 108 obras escritas en español y publicadas entre los años 1851 y 1900 por autores españoles y latinoamericanos que viajaron a estas muestras universales. La elección de estas fechas no es casual; la primera marca el nacimiento de las exposiciones universales con la celebrada en Londres en ese mismo año y la segunda cierra el siglo XIX con la muestra celebrada en París y supone el fin del concepto de exposición universal tal como se entendía desde su nacimiento. Asimismo, con este estudio se da a conocer un nuevo concepto: el viaje contenido dentro del mismo viaje. Estos textos, además de mostrar la noción tradicional del viaje que conlleva trasladarse a la ciudad de la exposición, se abren a una nueva dimensión dentro del mismo, puesto que se realiza y describe un viaje en miniatura alrededor del mundo que presenta la propia exposición.

La obra se compone de tres amplios apartados, una completísima «Bibliografía» y un muy útil «Apéndice» que contiene el corpus total de obras derivadas de cada exposición. En los dos primeros capítulos, Julia Morillo entrega al lector las herramientas necesarias que le facilitarán la comprensión de los conceptos de literatura de viajes y de exposición universal. En el primer capítulo, titulado «Literatura de viajes», establece un recorrido por el desarrollo del concepto y por su caracterización, su origen y evolución hasta el siglo XIX. Fija cuestiones fundamentales de este género literario, puesto que si se aplicase un criterio amplio podría afirmarse que toda la literatura es literatura de viajes, por lo que acude a la clasificación del concepto de *relato de viaje* desarrollado por el investigador Luis Alburquerque para delimitar los textos protagonistas de este estudio y, así, solo entrarían dentro de esta clasificación las obras con intención literaria que narran viajes factuales y donde predomina la descripción y la objetividad.

En el segundo capítulo, titulado «Las exposiciones universales», la autora define el concepto de exposición universal, su origen y desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX y destaca el importante papel que desempeñaron las muestras universales durante este siglo, ya que funcionaban como vehículo de intercambios comerciales, industriales y culturales, siendo el único medio para difundir, a nivel mundial, los avances de la ciencia y la técnica.

Tras estos contenidos teóricos, la autora dedica el capítulo tercero al análisis de las obras surgidas por el viaje a las exposiciones universales. Titulado «Literatura de viajes de las exposiciones universales», es el capítulo más importante y más amplio del volumen donde presenta las exposiciones en orden cronológico y los textos que se adscriben a cada una de ellas. Abarca un total de once exposiciones universales en las que destaca la gran presencia de Londres y, sobre todo, de París, ya que fueron las prime-

ras sedes y alcanzaron gran fama y prestigio siendo, a su vez, dos de las grandes potencias europeas.

Cabe resaltar el completo estudio que realiza Morillo Morales en este apartado, ya que no solo analiza la obra literaria de viajes, sino también al autor y a las circunstancias que le impulsan a viajar a la exposición universal y a escribir sobre esta experiencia. De este modo, encontramos toda una selección de escritores que viajaron a estos «pequeños universos o mundos de bolsillo» (38), entre los que destacan Wenceslao Ayguals de Izco, Pedro Antonio de Alarcón, José de Castro y Serrano, Emilio Castelar, José Yxart, José Martí, Emilia Pardo Bazán, Eva Canel y Rubén Darío. Todos estos escritores van a coincidir en sus obras al expresar el asombro y la fascinación que causa en ellos el viaje y la visita a la exposición universal y, precisamente, esta expresión de asombro se va a constituir como una de las características de las obras de viajes de las exposiciones universales, puesto que es lo primero que registran todos cuantos las visitan. También van a ser frecuentes las alusiones a los nuevos avances tecnológicos y científicos, a la muestra del potencial bélico y militar de las grandes potencias y a las comparaciones de los pabellones de España con el resto de países. A su vez, con este estudio asistimos a una evolución de la experiencia de viaje en sí, ya que el narrador de las primeras exposiciones afrontaba el viaje a la exposición universal como un acontecimiento especial y único que creaba grandes expectativas ante las maravillas y novedades increíbles que ofrecían las muestras, y que no se presentaban en otros relatos de viajes de la época; pero sin embargo, el narrador de las últimas exposiciones, a pesar de mantener la expectación ante las novedades que la muestra universal podía ofrecerle, afronta el viaje como algo más rutinario y habitual.

En definitiva, con este libro Julia Morillo no solo aporta nueva información sobre la literatura de viajes del siglo XIX y demues-

tra, a partir del análisis estructural y de contenido, que los textos seleccionados pertenecen a esta, sino que, además, señala que las obras estudiadas presentan unas características propias que las diferencian e identifican como pertenecientes a un subgénero nuevo dentro de la literatura de viajes; el que surge de las obras que nacen de las exposiciones universales. Así, este volumen ofrece al lector la posibilidad de embarcarse en un viaje siguiendo un itinerario de muestras universales que enriquece el panorama de la literatura de viajes y aporta valiosas contribuciones a este género.

LAURA LOZANO MARÍN

PARDO BAZÁN, Emilia. *Cartas de buena amistad: epistolario de Emilia Pardo Bazán a Blanca de los Ríos* (1893-1919). Madrid: Iberoamericana, 2016, 219 pp.

Emilia Pardo Bazán es, sin duda alguna, una de las escritoras más conocidas y estudiadas de la literatura española. Su obra no ha dejado de ser objeto de estudio de prestigiosos investigadores que, casi cada año, ofrecen nuevos datos, perspectivas o interpretaciones de una obra que, lejos de caer en el olvido, se recupera y revaloriza constantemente. La afición epistolar de doña Emilia es bien conocida y las numerosas cartas que intercambió con un buen número de escritores y amigos personales, han sido recuperadas y editadas por los especialistas pardobacianos en ediciones que, a modo de puzle, completan la imagen de una mujer que no dejaba, ni deja, indiferente a nadie. Sus cartas ofrecen una imagen cercana, íntima, a veces divertida y siempre atractiva. La andaluza Blanca de los Ríos es autora de una obra menos conocida y estudiada y que, sin duda, merece una mayor atención y reconocimiento del que hasta ahora ha recibido. Durante veintisiete años, ambas escritoras mantuvieron una estrecha y buena

amistad (acertado título de esta edición), de la que dejaron constancia en las cartas que se intercambiaron a lo largo de todos esos años y que aún no habían sido editadas.

Ana María Freire y Dolores Thion, reconocidas y prestigiosas especialistas en la obra de la autora gallega, presentan esa correspondencia epistolar en una cuidada edición con un corpus total de 39 cartas (todas autógrafas, excepto una mecanografiada) y 45 tarjetas de visita que Doña Emilia Pardo Bazán intercambió con Blanca de los Ríos. Se trata del más nutrido epistolario de la correspondencia de la autora gallega con un solo corresponsal y el único exclusivamente femenino. Esta valiosa colección de cartas es unidireccional, puesto que faltan para completarla las respuestas de Blanca de los Ríos, guardadas y conservadas casi con toda seguridad por Emilia Pardo Bazán, como era su costumbre, pero hoy ilocalizables, o quizá perdidas en lo que ella llamaba las Torres de Meirás, hoy Pazo de Meirás.

El estudio preliminar se inicia con una cita de la propia Emilia Pardo Bazán, en la que muestra su pasión por la carta como medio de relación personal, medio que ella creía peligrar en una época en la que el telégrafo y el teléfono acababan de hacer su aparición e irrumpían en las relaciones personales de un modo que amenazaba con hacer desaparecer el contacto íntimo que establece siempre la relación epistolar. También la cita deja patente su afición por la lectura de los epistolarios de escritores conocidos como medio imprescindible para adentrarse en las inquietudes diarias y en las menudencias de la creación literaria, que sólo en la intimidad del intercambio epistolar parecen salir a la luz. No disgustaría por tanto a la autora gallega la edición de estas cartas suyas en las que el lector (sea o no especialista) encontrará lo que a ella misma tanto gustaba buscar en las de otros. El completo estudio preliminar de Ana María Freire y Dolores Thion aporta informaciones y datos muy valiosos para contextualizar la redacción y la recepción de estas cartas, así

como abundantes fotografías de ambas autoras, de personajes contemporáneos y de lugares que ambas visitaron o en los que vivieron. Todo ello presentado con la claridad y el rigor que caracteriza la labor investigadora de ambas especialistas en la obra pardobaciana, de modo que el lector recibe con agrado las claves necesarias para adentrarse en la lectura de unas cartas hasta ahora inéditas.

Las cartas, remitidas casi en su totalidad desde Galicia, y las tarjetas desde Madrid, son testimonio de los veintisiete años que duró una amistad personal, sincera y entrañable entre las dos escritoras. En ellas encontramos reflejadas las inquietudes personales y literarias de ambas, y sobre todo el magisterio que la autora gallega ejercía sobre Blanca de los Ríos. Emilia Pardo Bazán era once años mayor que la escritora sevillana y, a pesar de la amistad que se profesaron durante tantos años, sorprende observar que siempre utilizaron el tratamiento mutuo de respeto y nunca se tutearon. Encontramos en esta correspondencia no solo valiosos detalles sobre la obra de la autora gallega, ya famosa y reconocida novelista y periodista, sino también pequeños detalles cotidianos, domésticos, casi de andar por casa, de las obras que doña Emilia estaba llevando a cabo en lo que ella llamaba las Torres de Meirás. Dada la condición de arquitecto del marido de Blanca de los Ríos, los comentarios y solicitud de consejos sobre detalles concretos de las obras son constantes. La sevillana Blanca de los Ríos, por el contrario, empezaba su carrera como poetisa, investigadora y crítica literaria. Los consejos, proyectos y pequeñas estrategias de doña Emilia para que Blanca de los Ríos encontrara acomodo en el panorama literario y teatral de su tiempo salpican esta correspondencia de lectura amena. A pesar de la falta de datación en muchas de las cartas, Ana María Freire y Dolores Thion han conseguido ordenarlas y presentarlas cronológicamente gracias a un trabajo de investigación casi detectivesco, basado en la lectura

paciente del corpus y en el cruce de datos, referencias y pequeños detalles.

Uno de los acontecimientos más importantes en la vida de ambas autoras que aparece en esta correspondencia es el ingreso de Emilia Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid y su lucha por que las mujeres fuesen miembros de pleno derecho, en igualdad con los socios masculinos. También en esto la siguió Blanca de los Ríos, que ingresó en esa institución poco después que la autora gallega y a instancias de ella misma. La correspondencia relativa a este tema refleja el clima interno del Ateneo, los pasos de la candidatura de doña Emilia a la Presidencia de la Sección de Literatura y las intrigas electorales de los miembros más conservadores contra los aires de renovación que suponía la presencia en la institución de la autora gallega.

Este es el contenido de una preciosa y cuidada edición que permite conocer aún más a Emilia Pardo Bazán en su faceta íntima y literaria, y que sin duda (y no es lo menos importante) abre el camino para recuperar el interés por la figura de Blanca de los Ríos, cuya obra merecería, según las palabras y consejos de la propia autora gallega, ser rescatada del olvido.

JULIA MORILLO MORALES

MAÑERO LOZANO, David y David GONZÁLEZ RAMÍREZ (coords.). *Los paisajes de la voz. Literatura oral e investigaciones de campo*. Jaén: Universidad, 2017, 768 pp.

Esta monografía inaugura la serie de números extraordinarios del *Boletín de Literatura Oral*, revista dedicada desde 2011 al estudio de la literatura de transmisión oral en el ámbito hispánico. Dada la dispersión, la irregularidad, la carencia hasta hoy de una panorámica común, era muy necesario un libro de estas características, que trazase un

paradigma razonado de las compilaciones y estudios de literatura oral que se han realizado en España. A través de estas páginas asiste el lector a un estimulante recorrido por los principales autores, trabajos, proyectos e hitos que han marcado el devenir de la disciplina en nuestro país, desde las primeras recolecciones, todavía balbuceantes y marcadas por lo general por la incompreensión y por la falta de continuidad, del siglo XIX, hasta las exploraciones, proyectos y estudios que siguen desarrollándose en la actualidad.

La presentación de los coordinadores, David Mañero Lozano y David González Ramírez, se abre con una breve introducción acerca del nacimiento y la evolución de los estudios de folclore en nuestro país, tras la cual exponen los retos que ha planteado, desde el momento de su concepción, el proyecto cuyo fruto ha sido este libro. Si bien uno de los principales objetivos ha sido «otorgarle unidad de sentido a esos proyectos que de forma independiente se han venido construyendo en España en torno a la literatura oral» (11), uno de los valores añadidos de este trabajo es la voluntad de identificar cuestiones pendientes y de abrir nuevos caminos: «Todos asumimos que este número monográfico quiere plantear sugerencias, futuros acercamientos, nuevos asedios críticos...» (13).

También en las páginas introductorias, el profesor José Manuel Pedrosa traza un panorama ambicioso de los antecedentes y las coordenadas políticas, sociales y culturales en que se enmarcan los inicios de la ciencia del folclore en España. Identificar esas coordenadas supone obligatoriamente hablar de dos personalidades muy importantes: Antonio Machado y Álvarez, Demófilo, y Ramón Menéndez Pidal, ejes vertebradores de dos formas distintas de aproximarse a la tradición oral. El artículo de Pedrosa es, sobre todo, una reivindicación de la figura de Demófilo y de sus titánicos esfuerzos por edificar una nueva ciencia del «folk-lore» español que chocó con la incompreensión y

el silencio de las instituciones, los intelectuales y las élites de la época.

Pedrosa cierra su trabajo reflexionando acerca de los actuales modos de atender y de entender la literatura oral, pero planteando también el interrogante de cuál hubiera sido el panorama actual de los estudios de folclore si las innovadoras semillas sembradas por Demófilo hubieran caído en tierra fértil.

Tras estos capítulos introductorios, encontramos las treinta y tres contribuciones elaboradas por especialistas de provincias y regiones diversas de toda la geografía española. Aunque el carácter «totalizador» del volumen permite dibujar con bastante acierto y detalle un estado de la cuestión de los estudios de literatura de tradición oral en España, se echan en falta trabajos más exhaustivos con respecto a algunas zonas que cuentan también con cierta tradición de trabajos etnográficos; valgan de ejemplo las provincias de Burgos o Ciudad Real; y sobre todo, se añora un capítulo dedicado a la literatura de tradición oral extremeña.

Entre las regiones atendidas con mayor exhaustividad en este volumen están Galicia, Aragón, Castilla y León, y Andalucía. En lo referente a los acercamientos propuestos, podemos distinguir entre los estudios más generales, como los de José Manuel Fraile Gil, Asier Astigarraga, Javier Asensio y Nicolás Asensio, y Luis Miguel Gómez Garrido, relativos a las tradiciones orales de Madrid, el País Vasco, La Rioja y Ávila, respectivamente; y otros más específicos, como el trabajo de Anselmo José Sánchez Ferra dedicado al cuento tradicional en Murcia, el estudio de Ramon Vilar sobre la canción popular en el ámbito de la lengua catalana, o la contribución de Ángel Gari acerca de la religiosidad popular en Aragón.

Este recorrido por diferentes tradiciones y autores desvela al lector la gran cantidad (y también la muy irregular calidad) de los trabajos de campo que se han llevado a cabo en áreas muy diferentes de España, y la diversidad de los enfoques que ha adoptado el

estudio de la tradición oral. Pero también permite detectar actitudes y métodos más o menos comunes, y corrientes, escuelas, proyectos o magisterios que han actuado como elementos cohesionadores de todos estos discursos.

Varios de los autores que han contribuido al volumen coinciden en la necesidad de acometer nuevas exploraciones en aquellas zonas que no han sido suficientemente atendidas hasta el momento, como es el caso de Aragón, Salamanca, Ávila, Cuenca... Asimismo, se pone énfasis en la conveniencia de integrar la consideración de los distintos repertorios en estudios que abarquen todas sus modalidades, y que atiendan a sus relaciones y trasvases. Algún autor, como Agúndez García, subraya la importancia de atender a las «nuevas manifestaciones» (658) de la cultura popular, fruto de unos cambios sociales, culturales y tecnológicos en los que se ve inmersa la tradición como organismo dinámico y vivo que es. Asimismo, resulta esencial, indican varios autores, el trabajo en equipos multidisciplinares capaces de registrar e interpretar la tradición oral en «su entera naturaleza (textual, musical, ritual...)» (705). Así es como lo recalca M.<sup>a</sup> Jesús Ruiz.

Los nuevos tiempos y las nuevas tecnologías están trayendo cambios decisivos en la forma de producir, almacenar, compartir, divulgar la información. A la tradicional anotación y publicación en papel se han sumado las múltiples posibilidades que ofrecen hoy los medios audiovisuales e informáticos. Ello está incidiendo en el modo de organizar archivos que salvaguarden la literatura oral y que sean fácilmente accesibles a la comunidad investigadora nacional e internacional, y a la sociedad en su conjunto. Este volumen pone mucho énfasis en describir cómo las nuevas herramientas y formatos han dado alas a proyectos alojados en internet como el Arxiu de Folklore de Cataluña, el Archivo Sonoro de Literatura Oral de Canarias, impulsado por Maximiano

Trapero, o el *Corpus de Literatura Oral*, de la Universidad de Jaén.

Varias de las contribuciones a este libro insisten también en la necesidad de dar a las compilaciones y estudios etnográficos unos significados y unas dimensiones que los inserten adecuadamente en los ámbitos de la educación en colegios, institutos y universidades (a ello se refieren José Luis Forneiro, Carmen de la Muela, Ana Acuña, José Luis Garrosa, etc.); en el de la sensibilización con respecto al patrimonio (en ello insiste Asiáin Ansorena); o en el contacto intergeneracional que debería ser deseable entre los portadores de saberes tradicionales —generalmente personas de avanzada edad— y los jóvenes (Marta López Fernández, Asiáin Ansorena).

En resumen, estamos ante un libro que mira por un lado hacia atrás pero que también hace propuestas de actuación para el futuro. Que identifica y reivindica a los grandes folcloristas del pasado y del presente, pero que también pone el dedo en las llagas de muchos folcloristas que no pasaron de la categoría de aficionados, de muchos métodos inadecuados y de muchos proyectos que se quedaron en el aire. A muchos lectores les parecerá que este libro hace una síntesis y una reflexión que trazan un panorama impactante de la disciplina. A otros les parecerá que certifica que nuestros estudios de folclore no han sido capaces de reflejar del todo la inmensa variedad y la riqueza del patrimonio que durante muchas generaciones ha vivido en la voz del pueblo.

MARÍA JAÉN CASTAÑO

JIMÉNEZ, Juan Ramón. *El silencio de oro*. Edición de José Antonio Expósito. Ourense: Linteo, 2017, 216 pp.

Para que Juan Ramón Jiménez continúe perfilándose como una de las figuras principales de la poesía europea del pasado si-

glo además de sus méritos como autor se necesita el trabajo denodado de un conjunto de críticos. Si hay un poeta español contemporáneo que exige —en los días de las Humanidades Digitales— un ejercicio filológico y ecdótico a la vieja usanza, ese es Juan Ramón Jiménez.

En muchas ocasiones, el problema no viene por defecto, sino por exceso. Prueba de ello, es la cadena de erratas que una tradición editorial poco preocupada ha ido transmitiendo a lo largo de décadas. Por otro lado, Gómez Trueba ya señalaba, en el famoso monográfico de *Ínsula* que se le dedicó al autor mogueño en 2005, que aunque «se le ha editado mucho en los últimos 50 años» al mismo tiempo «muchos de sus libros más importantes son inaccesibles». De este modo, se puede hablar casi de la *cuestión juanramoniana* al analizar la paradójica situación de un autor tan conocido como denostado, publicado como silenciado, presentado como confundido a partes iguales. El contraste lo marca muchas veces el ámbito del que parte la crítica: baste como ejemplo que, frente al escaso número de reseñas en revistas científicas sobre los libros juanramonianos editados en los últimos años, goza de una presencia notoria en los suplementos culturales de los principales periódicos del país, a través de recensiones que, por desgracia, pecan habitualmente de hiperbiografismo y sensacionalismo. José Antonio Expósito resume la problemática en la metáfora del «chapoteo», al referirse a este tipo de crítica que pasa por Juan Ramón con parcialidad. Lo que exige esta literatura, para un conocimiento y transmisión adecuados, es «bracear» en ella (13).

En este sentido, es de valorar el esfuerzo de la Editorial Linteo por la publicación de *El silencio de oro* (2017), y el conocimiento puesto en práctica por José Antonio Expósito, una de las personas en quien mejor se puede confiar un trabajo de estas características, habida cuenta de su largo historial de artículos y ediciones sobre Juan Ramón. Como bien explica Expósito, Jiménez dio a

conocer la existencia de *El silencio de oro* en la contraportada de su poemario *Melancolía* en el año 1912. Sin embargo, ya fuera por la acumulación de manuscritos y proyectos en aquella fase de intensa producción creativa en torno a los años 10, ya fuera porque la cristalización poética del *Diario de un poeta recién casado* y el consiguiente cambio de etapa que llevó aparejado le hicieran comprender que era un mal momento, un desandar el camino, sacar a la luz esos poemarios inéditos escritos en Moguer, lo cierto es que el libro no se publicó completo. Tan solo aparecieron algunos poemas sueltos en revistas, en las antologías que publicó el propio poeta en vida y, ya póstumamente, en ediciones que, salvo las de Francisco Garfías (1964) y Sánchez Romeralo (1972), han pecado de cierta imprecisión.

*El silencio de oro* constituye uno de los principales libros de la primera etapa juanramoniana. Recoge y conjuga dos de los símbolos esenciales, lo áureo y lo silente, sin los cuales no puede entenderse el proceso de aprehensión sensorial del mundo y de re-creación poética que marca sus primeros años. En este sentido *La soledad sonora* es un antecedente claro y, desde ambos, se puede elaborar un trayecto que lleve a sus poemas en prosa *Tiempo y Espacio*. El pensamiento poético que sobre el silencio empieza a fraguarse con libros como *El silencio de oro* alcanza todos los niveles. Las concomitancias con poetas coetáneos —Agustini, Pessoa, Rilke o Blaga— así como con escuelas filosóficas —la fenomenología— son evidentes: existe un programa común en el hombre de aquellos días de concebir una nueva relación con el mundo repensando el momento de la percepción. Ello conduce necesariamente al problema de la escucha «de la verdad inaudible de la existencia» (13), hallazgo juanramoniano que bien podría haber inspirado, de haberlo conocido, el proyecto filosófico del segundo Heidegger. En última instancia, y en relación con sus orígenes simbolistas y la enorme preocupa-

ción por el estado de la obra, «tanto para JRJ como para Mallarmé la obra poética desemboca necesariamente en el silencio, en poesía no escrita» (25).

Además, la crítica también ha señalado la importancia de este libro en cuanto «camino previo que triunfará más tarde en *Diario de un poeta recién casado*» (21), especialmente en lo que a experimentos y soluciones métricas se refiere: el versolibrismo y la actitud de concentración de la materia poética en un número mínimo de versos, de lo cual es paradigma la composición «De noche, el oro». Este libro es un buen ejemplo para descubrir, a través de los poemas más extensos, el grado de perfección versal alcanzado durante poco más de una década, así como, en los poemas más breves, el ideal de decir más con menos, la semilla de la pureza que marcará la siguiente etapa.

José Antonio Expósito enmarca el poemario con una «Introducción», una «Historia bibliográfica de *El silencio de oro*», unos «Documentos» y unas «Notas y criterios de esta edición». Aunque el trabajo filológico se haya realizado con corrección y excelencia canónica, la introducción posee, sin embargo, una vocación algo antiacadémica: en un tono distendido, muy asequible por su sencillez para todo tipo de público, el editor desgrana la razón de este libro dividiendo la introducción en dos apartados. Una primera, «El silencio suficiente», que se refiere a su experiencia cotidiana con el silencio, incluyendo anécdotas como la del forraje de su habitación con material aislante, momento en que se granjea el mito de poeta en la torre de marfil; y una segunda, «El silencio soñado», centrada en Moguer, período donde vida y obra cuajan su definitiva unión y razón de ser. No solo es un período para entender el paso de una fase sensitiva a otra intelectual sino también para comprender las tendencias de las generaciones poéticas posteriores.

Quizás esa primera apreciación de lo antiacadémico se deba a la guerra abierta

que late debajo de toda aproximación al escritor moguerño entre estudiosos y detractores. Aún en la actualidad, los estudiosos de Juan Ramón se duelen de las críticas injustas que sigue recibiendo. Ante esta situación, Expósito actúa con destreza, al emparentarle con las dos épocas más elevadas de la literatura española anterior, el 98 y el siglo de oro, así como al vincularle con otros artistas, primeros nombres en sus respectivas tradiciones, con quien solo Juan Ramón podría ser comparado en incompreensión (21) y en programa estético enfocado a la consecución de la belleza. De algún modo, el editor reconduce positivamente este malditismo *sui generis* del andaluz universal.

Existen, no obstante, dos posibles críticas. En primer lugar, parece perentorio pedir a la crítica que evite el uso de las siglas JRJ. En segundo lugar, se podría achacar falta de profundidad teórica en la introducción, si no se considera contextualmente y se comprende que cada edición y, sobre todo, cada editorial y cada circunstancia, demandan una empresa determinada conforme a unos objetivos de recepción precisos. En cualquier caso, el trabajo de Expósito es muy valioso pues en cada párrafo se revelan novedades, como es el caso de la cita de varios aforismos inéditos.

La marginación y malinterpretación de la figura y de la obra de Juan Ramón Jiménez constituye otro de los incomprensibles daños que la cultura española se hace a sí misma. En este nuevo milenio, se ha asistido, y se asiste, a cierto exterminio cultural: así lo demuestra el estado lamentable de varias fundaciones culturales y casas museo. Aunque la situación parece haber mejorado en la última década, o así lo muestran las últimas publicaciones —la aparición del primer volumen de la autobiografía de Juan Ramón, *Vida* (2014), la edición príncipe de la *Segunda Antología* de González Ródenas y la edición completa del inédito *El Silencio de oro*, ambos este mismo año— la digitalización y publicación completa de sus textos

constituye uno de los retos filológicos indispensables en el ámbito hispánico actual.

JAVIER HELGUETA MANSO

NEIRA, Julio (ed.). *Con Vietnam* (1968). Edición e introducción de Julio Neira; prólogo y recopilación de Angelina Gatell. Madrid: Visor, 2016, 224 pp.

Hay veces en que, de entre el polvo filológico de algún archivo, regurgita una joya rara, que espera la mano de nieve que sabe arrancarla. Esto es *Con Vietnam*: una antología de poesía española que se preparó en los sesenta, que fue enterrada por la censura franquista y que solo ahora logra ver la luz, gracias al buen hacer de Julio Neira y con la elegancia editorial de la Colección Visor de Poesía.

Considérese que, aunque aquí se pone en primer lugar a Neira como editor *actual*, la antología *en sí* la preparó hace más o menos cincuenta años la poeta Angelina Gatell, con lo que, como antóloga, podría figurar ella en ese puesto. Pero, claro, la literatura solo lo es del todo cuando es leída, y, en particular, cuando es leída por un *público*, no por un censor, intentando precisamente evitar que *otros* la lean. Así que esta antología no sería nada sin el trabajo de recuperación del profesor Neira. Por cierto que Gatell tenía escrito un prólogo, delante del cual Neira pone una introducción, a modo de prólogo del prólogo, lo cual añade un aire borgeano a este complicado laberinto de editor/antóloga de la información bibliográfica... Sin embargo, en el fondo, es muy sencillo. Julio Neira, reputado especialista de la literatura española contemporánea y catedrático de la UNED, lo que hace ahora es una edición comentada de la edición preparada en su momento por Angelina Gatell. Es algo parecido a la edición que en 2007 publicó José Teruel en la colección de Letras Hispánicas de Cátedra de la antología de *Poesía espa-*

*ñola (1915-1931)* de Gerardo Diego (1932). Solo con la diferencia de que la antología de Gatell no llegó a publicarse cuando fue pensada, de modo que en este caso el lector de hoy ve *por primera vez* las dos cosas juntas: tanto el trabajo de compilación original, como el filológico elaborado ahora por Neira.

Las razones que impidieron la publicación de *Con Vietnam* constituyen otras de las curiosidades de esta joya bibliófila. Como el profesor Neira explica en su introducción, la guerra de Vietnam, que tanta repercusión tuvo a nivel internacional, fue inevitablemente un tema candente en España en todos los niveles sociales, y los opositores del franquismo no podían dejar pasar la ocasión de usarla en su contra. En efecto, Gatell comenzó a reunir los poemas por encargo del PCE y con el antecedente de *España canta a Cuba* (1962), una antología poética en apoyo a la revolución cubana. O sea que *Con Vietnam*, más allá de lo estrictamente literario, tiene el interés de ser un retrato llamativo de la sociedad española de finales de los sesenta, interesada por la guerra de Vietnam, y de los movimientos de oposición al régimen. Ahora bien, a pesar de ello y tal vez precisamente por el hecho de que no fue autorizada su publicación, esta temática ha pasado desapercibida en los manuales de poesía española. Y no porque fuera algo que hicieran poetas desconocidos o porque no se publicaran poemas sobre este tema. Al contrario: algunos de los poemas recopilados por Gatell los escribieron autores de reconocido prestigio y fueron publicados en otros lados. Sin ir más lejos, como explica Neira en una nota al pie, “Idioma del héroe”, de José Manuel Caballero Bonald, «fue incluido con el título de ‘Acero del héroe’ en la sección ‘Nuevas situaciones’ de *Vivir para contarlo* (Barcelona, Seix Barral, 1969); luego, muy corregido, titulado ‘Bin Son explica que está vivo’, pasó a *Descrédito del héroe* (Barcelona, Lumen, 1977)» (p. 74).

Es cierto que el tema de Vietnam, en sí, no tenía por qué ser un argumento suficien-

te para censurar la publicación de esta antología, dado que (como hizo notar un censor y según recoge Neira) era algo de lo que se hablaba en EE. UU. y no necesariamente desde posturas ideológicas de izquierdas intolerables por el régimen. Existen, por tanto, otras razones que explican la censura de *Con Vietnam*. Entre ellas, es particularmente atractiva una que permite resaltar una curiosidad más de esta antología. No es solo una colección de poesía española en castellano, sino que hay además poemas en catalán, vasco y gallego. Valga añadir, a tenor de esto, que, entre las notas al pie ofrecidas por Neira con diferentes propósitos, destacan las que traducen los poemas al castellano. Puede que esto atente contra el espíritu de Gatell, que ponía los poemas en sus lenguas originales como desafío al régimen, pero, lejos ya la dictadura, este desafío ya no es (tan) necesario, y las traducciones hacen los poemas accesibles a más lectores.

También son motivo de curiosidad filológica muchos de los datos que presenta el profesor Neira. Resulta divertida una anécdota: parece ser que Gatell le escribió a Gabriel Celaya para que participara en la antología con un poema, y este le respondió dándole a entender que él llevaba un tiempo pensando en una idea parecida, por lo que la encomiaba sutilmente a aparcar su propósito. Al final, Celaya no emprendió su propia antología y mandó un poema a Gatell: “Noticias de la última guerra” (pp. 79-80).

Este tipo de información se obtiene de materiales añadidos por Neira, que Gatell no tenía previsto incluir en su propia versión. La mayoría de estos materiales son cartas, que no solo aparecen en el estudio introductorio o como notas al pie a modo de comentario filológico, sino que Neira los incluye como *ampliación* de la antología original: inserta, entre los poetas que sí participaron en la antología, a aquellos que *no participaron*, respetando el riguroso orden alfabético de apellidos, pero en vez de recoger en estos casos un poema, ofrece el documento que explica la razón de su no participación. Así

ocurre con los casos de María Beneyto, Carlos Bousoño y Antonio Buero Vallejo. De todos modos, es una mediación afortunada, que enriquece la antología con material sugerente para filólogos y lectores curiosos, y que no está injustificada desde el momento en que, como ya se ha dicho, la única versión posible de *Con Vietnam* es una edición mediada.

En el nivel más puramente literario y propio de la antología original de Gatell, *Con Vietnam* interesa porque va más allá del canon tradicional, al ofrecer poemas de autores poco conocidos, e incluir, muy justamente, a autoras. Además, se engloba en un mismo libro a escritores de distintas generaciones, todos bajo el paraguas común de la guerra de Vietnam. Por su parte, entre los autores conocidos, ven la luz por primera vez poemas excelentes. Nunca antes, por ejemplo, se había publicado el poema de José Agustín Goytisolo a la “Muerte en Khe Sanh”, de una emotividad, entre lírica y filosófica, desbordante. Después de retratar, como a cámara lenta, la muerte de un soldado de un disparo, concluye Goytisolo: “[...] y así fue / como pensó que todo se cumplía, / y se sintió metido en un gran sueño, / y se sintió morir tranquilamente, / y se sintió completamente libre” (pp. 130-131).

*Con Vietnam*, por tanto, es una antología rara, en varios sentidos: porque es uno de esos rescates poco frecuentes de un texto olvidado en la historia; porque está llena de curiosidades, y porque es un híbrido extraño. Por un lado, es la antología *en sí* preparada por Gatell como reacción a la guerra de Vietnam y como estrategia de oposición al régimen. Por otro, Neira la da ahora a conocer, pero mediada desde el presente. Y no es solo (aunque también) la mediación típicamente filológica, esto es, una edición comentada, sino una versión transformada respecto del plan original de Gatell. Con todo, o tal vez gracias a ello, el resultado es una joya, porque el lector puede leer la antología original, *enriquecida* con otros

materiales interesantes y, además, necesarios.

GUILLERMO LAÍN CORONA

CARANDELL, Zoraida y María Ángeles NAVAL (eds.). *La transición sentimental. Literatura y cultura en España desde los años setenta*. Madrid: Visor, 2016, 253 pp.

El profesor y crítico George Steiner, que ha anunciado y predicho casi todo lo necesario, ya lo dejó escrito en *Pasión intacta* (Madrid, Siruela, 1977): «la atrofia de la memoria es el rasgo dominante de la educación y la cultura de la mitad y las postrimerías del siglo XX. En el aprendizaje de hoy, la amnesia ha sido planificada» (p. 38). Esa atrofia unida a la inevitable tensión entre la memoria y el olvido que compone al humano a armonizar, como bien dijo un famoso teólogo, la resistencia con la sumisión, nos ha llevado a un presente donde los referentes están cada vez más desvirtuados, donde el futuro se levanta desde una tradición a la que todo el mundo acude, pero de la que casi nadie es capaz de concretar demasiado. Justo ese objetivo, la recuperación de la memoria y su proyección como valor de futuro, como esqueleto riguroso del presente, es el fin último que se han propuesto las profesoras María Ángeles Naval y Zoraida Carandell en esta edición que ofrece una amplia revisión de uno de los periodos contemporáneos que más tinta, debate y confrontación sigue planteando hoy, cuarenta años después: la Transición española. Un período que irrumpió de nuevo con fuerza a partir del 15M.

El libro indaga no tanto en lo que sucedió en aquellos años desde la muerte del dictador Franco hasta las primeras elecciones generales, sino en los hechos culturales y sociológicos—estos sí decisivos— que acompañaron de manera paralela a esa Tran-

sición, y que la dotaron de los mimbres democráticos y, sobre todo, humanizadores, para que tal hecho tuviera un feliz —depende de para quien— desenlace. La liberación sexual y la aparición de lo *queer*; el feminismo, que hoy también vuelve a ser tema y fondo actual para conseguir al menos crear un consenso en cuanto a su significado e ir eliminando o reduciendo la criminal lacra machista: la radical igualdad entre hombres y mujeres, que en este libro es tratado por Claudia Jareño. Todos estos extremos acabaron inevitablemente volcados en la literatura, en la poesía, en el teatro, en la música y crearon una onda expansiva que incluso trascendió a lo que es o lo que no es democracia. Y añade María Ángeles Naval en la introducción a esta edición: «A día de hoy y desde principios del siglo XXI la Transición es el campo de maniobras privilegiado de escritores, historiadores de la literatura, humanistas en general que se sienten impulsados a narrar, a reconsiderar un pasado reciente español. Y la Transición se va convirtiendo en un objeto líquido». (p. 12). Y, efectivamente, esa revisión decidida tomó voluntad firme a partir del 15M, no solo como revulsivo hacia un nuevo panorama político (que hoy, con la certidumbre que suele dar la distancia, ya no parece tan nuevo), sino también como lo que ha acabado siendo una especie de nuevo género literario, el de la llamada Segunda Transición, que ha tomado el relevo de la guerra civil y que ha tenido eco en todas las formas de expresión que se conocen, desde el cine documental, a la novela y la poesía. Sin embargo, a pesar de que la novela ha dado títulos magníficos de autores fundamentales como Marta Sanz o Rafael Chirbes, en poesía no ha ocurrido lo mismo y las antologías poéticas y poemarios que se han publicado rondando el fenómeno del 15M bien se merecen casi una vuelta al garrote. Dejando este fenómeno a un lado, decíamos que la transformación política, social y económica que sufre España a partir de 1975 va a dar lugar a un profundo cambio de la realidad y

de cómo esta se percibe. La Transición y la incertidumbre de los primeros años de democracia con los movimientos sociales y la convulsión en cuanto a los nuevos hábitos, conductas y roles en los años ochenta —con la entrada en la OTAN, la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, aspectos que a través de las vertientes historiográficas empujadas por lo sentimental tratará Ignacio Peiró en su artículo «Historia de las emociones»— van a tener una repercusión directa en la poesía (que parte, como casi todo, de la experiencia), derivando así en distintas mutaciones del discurso teórico, en una revisión y reconstrucción de la Transición y de la democracia que conllevará la ebullición de nuevas voces y categorías críticas que recrean y evocan este período. La propia Naval recuerda en su artículo «La crítica sentimental de la transición española. Retóricas literarias para el disenso democrático» cómo el poeta y catedrático Luis García Montero «es uno de los escritores que se ha mostrado más consciente de las contradicciones de la democracia, lo que le condujo a mediados de los noventa a resucitar temas y figuras relacionados con la Ilustración» (p. 108). Lo urgente es curar, decía Camus. Y a eso intentaron limitarse los poetas de este período, también los de la pre transición, como Carlos Barral, autor que Zoraida Carandell aborda en su artículo «Informe sobre el alba. De algunas auroras en la poesía de 1970», de quien dice que su poesía «reivindica, con desaliento, derechos para las voces de la clandestinidad» (p. 119). Y los cambios empiezan a vacilar desde la extrema tensión a la inercia española. Pérez Serrano incide en su texto en la necesaria perspectiva que necesitamos para abarcar lo que pasó y lo que no pasó en aquellos años: «Tal vez todavía sea pronto para comenzar a ver lo sucedido en España desde 1975 con una perspectiva crítica más amplia y menos apasionada». (p. 89). Pero mientras esa distancia llega, ya han brotado raíces suficientes para ver hacia dónde ha prosperado aquel

tiempo de esperanza y de apertura del espíritu a mejores cosas.

Los avances de Eros en nuestra cotidianidad es un buen ejemplo en un país que hoy es modelo de convivencia en temas de género, derechos LGTBI, y de cómo un estado con una larga resaca de rigideces eclesíásticas aprueba el matrimonio homosexual sin mayores problemas (en Francia hubo muertos por el mismo hecho). Mucho hubo que pelear para llegar hasta las actuales grietas que aún sufrimos en este campo. Ese recorrido lo estudia Brice Chamouveau a través de los documentos políticos que marcaron este difícil camino.

Este amplio compendio de los avatares transicionales incluye también el género dramático desde el estudio minucioso de dos obras de José Ruibal llevado a cabo por Anne Laure Feuillastre, desde las que aborda la resistencia activa frente a la dictadura desde el diálogo y la representación (cuando les dejaban) dramática. Por ese mismo perfil contestatario continúa el estudio de Canela Llecha, donde desde los extremos sentimental y político compara dos formas de narración (una filmica y otra narrativa) del asesinato de Salvador Puig Antich.

Un acierto de las responsables de la edición es acabar un tema que nos arrastra tanto por la realidad con dos relatos de ficción que rondan muchos aspectos que ya hemos mencionado: liberación sexual y destrucción del encorsetado y petrificado canon vital; la sociedad machista y patriarcal: el divertido «sádico de la Moncloa», donde Kiko Herrero desestabiliza el orden ultraconservador; y la siempre magistral Marta Sanz con «Fantaterror español»: «durante el tardofranquismo y la Transición española el terror fue el género en el que la mujer espectacular empieza a descubrir sus pechos, sus muslos, sus tripas, sus nalgas, sus paletillas, sus omoplatos turgentes y lacerados» (p. 226).

Después de tanta actualidad, la cuestión de la Transición española puede llevar a abrumar, o directamente a hartar, con tanta carga; para eso justo está este libro, para indagar en lo decisivo y fundamental en torno a uno de los momentos más trascendentales de nuestra historia reciente, e ir avanzando en la concreción de este fenómeno tan inacabado como apasionante.

ALEJANDRO SIMÓN PARTAL